

Contribuciones del análisis espacial al concepto de subimperialismo

Contribuições da análise espacial ao conceito de subimperialismo

Contributions of spatial analysis to sub-imperialism concept

*Georgette Ramírez Kuri**

Resumen

El capitalismo dependiente latinoamericano se expresa materialmente en un lugar determinado, es decir, en un espacio. Ya desde la noción “centro-periferia”, acuñada por Raúl Prebisch, se había sugerido el problema de la dimensión espacial o espacialidad, sin embargo poco se ha reflexionado al respecto. Frente a este vacío en el trabajo intelectual, se expondrán las diferentes propuestas explicativas adscritas a la teoría marxista para el análisis social desde una perspectiva espacial, con el objetivo de generar nuevos aportes teórico-metodológicos a la ciencia social, en especial a los estudios latinoamericanos, que contribuyan a superar las barreras disciplinarias. En concreto, el análisis espacial aportaría una perspectiva complementaria al concepto de subimperialismo propuesto por Ruy Mauro Marini para explicar la fase superior del capitalismo dependiente que Brasil alcanzó. *Palabras clave:* espacio social, escala, desarrollo geográfico desigual, análisis espacial, subimperialismo.

Resumo

O capitalismo latino-americano dependente se expressa materialmente em um lugar determinado, ou seja, em um espaço. Desde a noção “centro-periferia”, denominada por Raúl Prebisch, sugeriu-se o problema da dimensão espacial ou espacialidade, entretanto pouca reflexão houve ao respeito. Diante deste vazio no trabalho intelectual, serão expostas as diferentes propostas explicativas, vinculadas à teoria marxista, para a análise social a partir de uma perspectiva espacial, com o objetivo de oferecer novas contribuições teórico-metodológicas à ciência social, especialmente aos estudos latino-americanos, para que contribuam para superar as barreiras entre as disciplinas. Concretamente, a análise espacial promoveria uma perspectiva complementar ao conceito de subimperialismo proposto por Ruy Mauro Marini para explicar a fase superior do capitalismo dependente que o Brasil alcançou.

Palavras chave: espaço social, escala, desenvolvimento geográfico desigual, análise espacial, subimperialismo.

* Profesora de la Facultad de Filosofía y Letras, Colegio de Estudios Latinoamericanos, Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM). Maestrante en Estudios Latinoamericanos, UNAM, con estudios de Ciencias Sociales y Geografía en la Universidad de São Paulo, Brasil. Línea de investigación: formación estructural, Estado y geopolítica en América Latina. E-mail: <georgette_kuri@hotmail.com>.

Abstract

The Latin American dependent capitalism expresses itself in a particular place, namely in a space. The center-periphery perspective, coined by Raul Prebisch, has highlighted some problems of the spatial dimension or spatiality, but little has been elaborated about it. By using a Marxist approach, this paper proposes a social analysis from the spatial perspective in order to make new theoretical and methodological contributions to undermine disciplinary obstacles in the field of social science, especially in Latin American studies. This spatial analysis would be complementary to Ruy Mauro Marini's sub-imperialism, which explains Brazil's dependent capitalism at its upper stage.

Keywords: social space, scale, unequal geographical development, spatial analysis, sub-imperialism.

ESTUDIOS LATINOAMERICANOS, NUEVA ÉPOCA, NÚM. 39, ENERO-JUNIO, 2017, PP. 13-34.

Es evidente que dentro del análisis social se ha privilegiado la dimensión temporal por encima de la espacial, transfiriéndose parte de los atributos del *espacio social* al lenguaje común del espacio y escindiéndolo de cualquier connotación científica; lo anterior es una consecuencia del dogma generado en torno al espacio de origen filosófico (epistemológico), a partir de que se fetichizó tanto el espacio mental como el espacio físico, concibiéndose como un solo elemento aparentemente inseparable para su análisis. Esto ha derivado en el problema del uso vulgar del lenguaje espacial desde la ciencia social, frente al cual se hace necesaria la producción de una teoría del espacio que le devuelva su carácter social y ponga en cuestión el uso de metáforas espaciales dentro de los estudios sociales.

En las últimas décadas se ha conformado un grupo de intelectuales críticos que ha planteado cuestionamientos importantes para la producción de conocimiento, a partir del problema del espacio producido, su valorización a partir del capital, la cuestión de la escala espacial y el desarrollo geográfico desigual. En la siguiente reflexión profundizamos en torno a cada una de estas contribuciones, partiendo de la categoría de *espacio* para devenir en problemas concretos relativos al desarrollo geográfico desigual que el capitalismo produce y sus expresiones en las diferentes escalas espaciales. Finalmente establecemos un diálogo entre los planteamientos críticos del análisis espacial y el concepto de subimperialismo.

La producción del espacio

El capital demanda la escala planetaria para su reproducción, desplegándose de manera concreta a través de las relaciones sociales que impone y que se materializan en el espacio; sin embargo, el espacio ha sido objeto de un proceso de fetichización en la historia de la ciencia y la filosofía mediante el cual se ha obviado que todos los acontecimientos históricos ocurren en un "lugar" determinado, sin que se reflexione en torno a la manera en que tal "lugar" se transforma a partir, precisamente, de la lógica establecida por el modo de producción capitalista. Frente a esta omisión, es necesario hacer una revisión epistemológica sobre el espacio en tanto abstracción concreta y, a su vez, como producto social, con el objetivo de contribuir a la reconquista

práctica –pero sobre todo teórica– del espacio, para incorporarlo a los estudios desde la ciencia social.

Dentro del pensamiento crítico, diversos intelectuales han coincidido en la necesidad de producir un *código general del espacio* mediante el cual puedan enunciarse los procesos y prácticas sociales que en él ocurren, comprenderlo y producirlo. Sumándonos a este propósito de visibilizar la dimensión espacial en el análisis social, estaremos en condiciones de revertir la tendencia hegemónica de fragmentación y desintegración de los saberes. Comencemos por desentrañar la categoría de espacio para comprenderla ampliamente y discernir sus diferentes acepciones.

El primero en preocuparse por desarrollar una propuesta teórica al respecto fue el filósofo marxista Henri Lefebvre, hacia la década de los sesenta, a partir de abordar las problemáticas de la práctica social dentro del espacio, generando una propuesta de análisis del espacio social. Como podemos suponer, para llegar a esta propuesta tuvo que desarrollar toda una discusión teórica en diferentes grados de abstracción mostrando la complejidad que la noción de espacio contiene en su historicidad, por lo cual fue necesario debatir entre diversas posturas. Un primer aspecto cuestiona si en momentos históricos anteriores se reflexionó en torno al espacio social y, de ser el caso, por qué esta reflexión desapareció temporalmente.

Cualquier esfuerzo para construir un código o procedimiento cuyo objetivo sea descifrar el espacio social corre seguramente el riesgo de reducir éste a un mensaje y su tratamiento a una lectura. Esto elude la historia y la práctica. Sin embargo, ¿no existía antaño, entre el siglo XVI (el Renacimiento y la ciudad renacentista) y el siglo XIX, un código a la vez arquitectónico, urbanístico y político, un lenguaje común a los habitantes del campo y de la ciudad, que permitía no sólo “leer” el espacio sino producirlo? Si ese código ha existido, ¿cómo fue engendrado? ¿Dónde, cómo y por qué ha desaparecido? (Lefebvre, 2013:68-69).

En efecto, la relación que existe entre la práctica social y la historia no es tan evidente, y lo es menos cuando se trata del espacio, puesto que su vínculo con ambas parece invisible o impensable para la generalidad de quienes producen saberes. En el mejor de los casos, se le asienta como un aspecto implícito que puede mencionarse con toda la ambigüedad que ello implica, pero no cuestionarse o profundizar en torno a él; aún más, no se sabe cómo abordarlo ni bajo cuáles conceptos enunciar sus problemáticas. Lefebvre critica esta situación y hace la siguiente afirmación para evidenciar dicha deficiencia y situarla como punto de partida de su reflexión sobre el espacio: “La cientificidad (que se define por la reflexión ‘epistemológica’ sobre el conocimiento adquirido) y la espacialidad se articulan ‘estructuralmente’ según una conexión presuntamente evidente para el discurso científico, pero que nunca alcanza la conceptualización” (Lefebvre, 2013:65).

La cientificidad se ha caracterizado por separar *el espacio* en tanto categoría mental de la práctica social que, de hecho, es el espacio “real”, sin embargo no podemos quedarnos determinados por tales deficiencias. Al contrario, debemos avocarnos a la generación de un lenguaje basto que nos permita asimilar el conocimiento a través de herramientas conceptuales para definir y explicar el espacio y sus relaciones sociales internas, es decir, la interacción práctica de los sujetos con su espacio. En este sentido, Lefebvre avanzó considerablemente al retomar los conceptos *producir* y *producción*, planteados en un principio desde la filosofía y valorados como poseedores de universalidad concreta para referirse al espacio: “El esquema según el cual el espacio vacío preexiste a aquello que lo ocupa” (Lefebvre, 2013:76).

El espacio ha sido objeto de importantes reflexiones desde la filosofía que se han dejado de lado, posiblemente por motivos ideológicos. Lefebvre nos recuerda, por ejemplo, la escisión en el pensamiento kantiano, hegeliano y marxiano a este respecto, sugiriéndonos cuestionar qué es lo que restó de tales ideas y códigos, y por qué se dejaron de enunciar, cuando en realidad la práctica social sigue ocupando el espacio incesantemente y, en consecuencia, produciéndolo. Más allá de una “destrucción metódica”, el autor plantea retomar la reflexión del espacio concibiéndolo como instrumento del pensamiento y de la acción; específicamente apela al *espacio* como una abstracción concreta y no como espacio abstracto, advertencia fundamental para trabajar con rigor en esta propuesta epistemológica.

No podemos referirnos al espacio en abstracto porque éste contiene relaciones sociales determinadas que se materializan, modificándose de acuerdo al modo de producción que las enmarca. A partir de la relación que establezca con la naturaleza, cada sociedad produce su propio espacio. Con la instauración del capitalismo, el espacio social comenzó a diferenciarse a partir de la división del trabajo que localiza las relaciones de producción y las prácticas espaciales que se realizan en unas y otras regiones del mundo. A este proceso se le enunciará bajo la noción de “división territorial del trabajo” que Karl Marx sugiere en *El Capital*.¹ Es dentro de esta especificidad que se debe estudiar al espacio como un producto de la sociedad, también tomando en cuenta otros aspectos importantes que Lefebvre apunta: “Desde la perspectiva del conocimiento, el espacio social funciona –junto a su concepto– como instrumento de análisis de la sociedad. Hay que descartar un esquema simplista inmediatamente, el de una correspondencia término a término (o puntual) entre las acciones y los lugares sociales, entre las funciones y las formas espaciales” (Lefebvre, 2013:93).

¹ “La división territorial del trabajo y la asignación de ramos particulares de la producción a regiones particulares de un país recibió un nuevo impulso con el régimen manufacturero, que explota todas las particularidades. La expansión del mercado mundial y el sistema colonial, que entran en la esfera de las condiciones generales de existencia propias del período manufacturero, le proporcionan a éste un copioso material para la división del trabajo dentro de la sociedad” (Marx, 2005:430-431).

Ahora bien, las diferentes prácticas espaciales derivadas de las relaciones sociales capitalistas también resultan ser un medio de dominación. La influencia del capital en todo lo relativo al espacio es ejercida sobre la sociedad en su conjunto –Estado, instituciones, intelectuales, especialistas, etcétera–, con el objetivo de mantener la forma vigente de reproducir la vida social, así como la producción del conocimiento y los saberes: “Hoy en día la clase dominante mantiene su hegemonía por todos los medios, incluido el conocimiento” (Lefebvre, 2013:71). Aquí radica la gran contribución teórica del autor: su acabada argumentación para incorporar la dimensión espacial al análisis social y a los debates desde el marxismo, con el fin de comprender las relaciones sociales dentro del sistema capitalista. La noción central de la *fetichización del espacio* sintetiza esta propuesta epistemológica:

La tendencia ideológicamente dominante divide el espacio en partes y parcelas de acuerdo con la división social del trabajo. Se representa las fuerzas que ocupan el espacio considerándolo como un receptáculo pasivo. En vez de descubrir las relaciones sociales (incluidas las relaciones de clase) implicadas en los espacios, en vez de concentrar la atención en la producción del espacio y en las relaciones sociales inherentes a esta producción (relaciones que introducen contradicciones específicas en la misma producción, retomando la contradicción entre la propiedad privada de los medios de producción y el carácter social de las fuerzas productivas), caemos en la trampa de tratar el espacio como espacio “en sí” y como tal. Comenzamos a pensar en términos de espacialidad, deslizándonos por la fetichización del espacio, del mismo modo que antes se cayó en la trampa del intercambio, en la fetichización de la mercancía y de la “cosa” considerada y aprehendida aisladamente, es decir, como cosa “en sí” (Lefebvre, 2013:145).

Retomando esta argumentación, exponemos la propuesta teórica del análisis espacial para incorporarla a los debates transdisciplinarios que se producen dentro de la ciencia social y los estudios latinoamericanos, desde el concepto de *producción del espacio* que Lefebvre legó. Así, se denuncia la “fetichización del espacio” y el (mal)entendimiento de que las relaciones desiguales y contradicciones que implica el modo de producción capitalista se expresan en un espacio como “receptáculo pasivo” que no se modifica de acuerdo con los procesos históricos que en él acontecen. Por el contrario, el sistema capitalista impone que el espacio social se altere de manera que obedezca a los intereses y necesidades de reproducción del capital, sea cual sea la gravedad de las consecuencias que ello genere.

Esto quiere decir que el espacio de producción es, a su vez, y en todas sus escalas, producido por el mismo modo de producción que determina las relaciones sociales y la reproducción de la vida social en su conjunto. En palabras de Neil Smith, otro crítico importante para el desarrollo de esta propuesta: “El espacio no es tan abstractamente dado como socialmente producido dentro y como parte de las relaciones sociales” (Smith, 2002:136). Hasta aquí, los planteamientos de Lefebvre

nos aportan un lenguaje filosófico riguroso para abordar el análisis espacial desde la ciencia social, evitando confusiones e interpretaciones superficiales respecto a las categorías, conceptos y nociones que nos ayudan a comprender la producción del espacio. Independientemente de la disciplina social en cuestión: “Cuando el espacio social deje de ser confundido, de un lado, con el espacio mental (definido por los filósofos y los matemáticos), y de otro lado, con el espacio físico (definido por lo práctico-sensible y la percepción de la naturaleza), entonces se pondrá de manifiesto toda su especificidad” (Lefebvre, 2013:87).

La valorización del espacio y el capital

Planteamientos de diversos orígenes disciplinares han convergido en el análisis espacial de los procesos sociales a partir de la producción intelectual del propio Marx y de interpretaciones amplias y precisas como el pensamiento de Henri Lefebvre, discutiendo un lenguaje común en esta dirección. En los setenta surge la llamada Geografía Crítica, como un fuerte cuestionamiento al pensamiento tradicional positivista que se mantenía al margen de la discusión de los problemas sociales. Su principal línea de investigación y reflexión ha sido la relación de la disciplina geográfica con la superestructura capitalista que produce el espacio y determina así la dominación social. Centralmente, la propuesta de esta corriente es que los geógrafos –al igual que los demás científicos sociales– se posicionen frente al mundo y hagan de esta disciplina una práctica que debata lo social.

En realidad, esta perspectiva ha sido poco difundida en la ciencia social, incluso entre el pensamiento crítico del cual forma parte. Por ello es importante exponer los principales aportes alcanzados al respecto e incorporarlos, a partir de reconocer la necesidad de la dimensión espacial en que se materializan las relaciones sociales dentro del capitalismo, para realizar análisis social a cualquier escala. Un buen esbozo de estos aportes es la obra *Geografía crítica. La valorización del espacio* (1984) de los brasileños Antônio Carlos Robert Moraes y Wanderley Messias da Costa, en la que presentan las reflexiones más discutidas desde la disciplina geográfica, principalmente en torno al espacio en sus diferentes escalas. El planteamiento cardinal de la obra es conocer la esencia de la totalidad social para alcanzar la explicación concreta de los aspectos geográficos de lo real material. Se propone un esbozo teórico crítico con la finalidad de estimular el desarrollo de herramientas que expliquen la transformación de la realidad social, recurriendo al materialismo histórico y a la dialéctica como marcos referenciales. Es un esfuerzo por incorporar la disciplina geográfica a la tradición marxista de la ciencia social. El mayor aporte de esta síntesis es la discusión y explicación sobre la valorización del espacio, basada en la renta de la tierra expuesta por Marx, poniendo de manifiesto la relación *capital-espacio*. Los autores argumentan que las características inherentes al espacio no tienen sentido en sí, hasta que el capital o la sociedad les confiera un valor. Traducido a la lógica del

capital, ello significa que la apropiación del espacio es el fundamento de su valorización. Si comprendemos que la propiedad privada es la separación entre el hombre, su espacio y los medios de sobrevivencia que en él existen, entonces comprenderemos que estamos frente a la organización capitalista del espacio.

Como bien lo argumentó Lefebvre, el espacio no es el escenario estático donde acontecen los procesos sociales, sino que éste se produce a través de la historia y sus acontecimientos. Los autores explican que hay tres momentos históricos de valorización del espacio: 1) el dominio del espacio para la reproducción de la sociedad, que se materializa en la *conformación de territorios*. En este primer momento, el capitalismo mercantil logró la acumulación originaria que lo condujo al capitalismo industrial; 2) los movimientos de *expansión desde el Estado* y el capital que dieron lugar a la urbanización y la producción de plusvalía relativa que posibilitaron la concentración monopólica, y 3) la *internacionalización del capital*, en donde el perfeccionamiento del dominio de la naturaleza permitió la apropiación del espacio para hacer circular el capital financiero de manera abstracta. Las formas de valorización del espacio en el capitalismo son predatorias y generan contradicciones que se han expresado materialmente en las tendencias a la concentración y la expansión, la degradación ambiental, y la desigualdad social y espacial, esencialmente.

Partimos de que el capital produce el espacio con la finalidad de crear *paisajes geográficos*, en palabras de Harvey, que le sean favorables; sin embargo, el espacio global no carece de un poder y control ejercido sobre él sino que, al acotarse en diferentes territorios, necesariamente alude al Estado como sujeto productor del espacio, adquiriendo una connotación política de la cual dependerá su acondicionamiento como paisaje geográfico apto para los intereses del capital. De manera concreta, los territorios no pierden su materialidad en la lógica del capital, sino que ésta es utilizada por el capital para un máximo aprovechamiento a su favor. El espacio está siempre en disputa entre el capital y el Estado, pues se valoriza a partir de la lógica capitalista. Esta discusión es la génesis de una propuesta teórica e interpretativa que aún sigue produciéndose y que contribuye sustancialmente al análisis social desde una práctica transdisciplinaria.

El capital se expande en el espacio hasta lograr su fase más avanzada, la acumulación ampliada, la expansión de su esfera de dominación y explotación en nuevos territorios; así, el capital despliega en el espacio las relaciones sociales de manera diferenciada en cada escala, desdobra la valorización del capital y el proceso del trabajo articulando el modo de producción capitalista que se expresa materialmente en el espacio. “Espacialmente, la expansión del capitalismo se caracterizará por la fijación de unidades de producción (capital fijo) en función de un cálculo de rentabilidad privado que toma en cuenta la capacidad de apropiarse en forma mercantil de los objetos del trabajo y de la fuerza del trabajo, y de dar salida a los productos en el mercado” (Lipietz, 1977:19).

Tales unidades de producción tienen que sujetarse a las condiciones existentes en la escala espacial en que se realicen, y es en este momento que se establecen las relaciones de fuerza entre los Estados, en cada uno de los ámbitos administrativo, político, militar, diplomático. Este proceso de articulación entre las diferentes formaciones sociales, impregnado de contradicciones en las diferentes escalas, da origen al sistema capitalista mundial.

La escala como precisión metodológica en el análisis social

Ya con una visión más amplia en lo que respecta a la categoría de espacio es necesario, en segundo lugar, reconsiderar la *escala* en tanto dimensión espacial que debe precisarse cuando se realiza análisis social. En la ciencia social se ha enfatizado la importancia de analizar un objeto o problema de estudio desde todos los niveles de abstracción posibles, yendo de lo particular a lo universal y viceversa. Concretamente, cuando se elige algún objeto de estudio se define la dimensión espacial desde la cual será abordado: puede tratarse de un asunto local o, extrapolando las escalas, de alguno global. En este sentido es que la escala cumple dos funciones: por una parte representa una expresión material y concreta de las relaciones sociales; por otra, es una abstracción conceptual mediante la cual se pueden comprender estas mismas relaciones sociales en el espacio.

Más allá de cualquier objeto de estudio, el mejor ejercicio para comprender la noción de escala es reflexionar en torno al proceso histórico de la valorización del capital a escala mundial o planetaria, es decir, el proceso de mundialización del capital a partir del cual se produce una reorganización espacial en todas las escalas, conocida como “división internacional del trabajo”. Este proceso se generalizó durante la década de los ochenta, identificándose vulgarmente bajo la idea de “globalización” y haciendo referencia, principalmente, a la cultura en transformación global. Es en este momento histórico que, finalmente, se hace visible *la aniquilación del espacio mediante el tiempo* a la que Marx aludió en su investigación sobre la lógica del capital.

La división internacional del trabajo ha implicado nuevas relaciones entre las diferentes escalas espaciales, generando contradicciones internas en el modo de producción capitalista; se estructura y reparte el espacio, las fuerzas productivas que en él se desarrollan, las fuentes de riqueza, la mano de obra, los flujos económicos, etcétera, de manera diferenciada en cada escala: local, territorial, nacional, regional, continental o mundial. En términos espaciales, esta división internacional del trabajo está condicionada por la capacidad técnica y científica de producir y transformar el espacio a partir del trabajo.

Concebido durante mucho tiempo como muerto, fijo e inmóvil, el espacio se está colocando como la metáfora fundamental y al mismo tiempo se está redescubriendo

mutable, como una intrínsecamente compleja expresión de las relaciones sociales. No sólo es la fragilidad y transitoriedad de las relaciones sociales contemporáneas expresa “en” el espacio, la producción del espacio es cada vez más el medio/recurso a través del cual la diferencia social se construye y se reconstruye (Smith, 2002:134).

La diferenciación del espacio es un proceso social establecido por la estructura de las interacciones sociales de acuerdo a factores geográficos del medio en donde acontecen, es decir, que la escala geográfica se produce a partir del establecimiento de las relaciones sociales expresadas en el espacio y en los diferentes niveles de éste. Históricamente, la propiedad privada y la renta de la tierra constituyeron las primeras formas de diferenciación espacial entre quienes son poseedores y quienes fueron despojados.

Las fuerzas productivas y técnicas permiten intervenir en todos los niveles del espacio: local, regional, nacional y mundial. El espacio entero (geográfico, histórico) es modificado, pero sin llegar a abolir sus implicaciones, los “puntos” iniciales, los primeros centros y nodos, los lugares (localidades, regiones, países) situados en distintos niveles de un espacio social en el cual el espacio-naturaleza es reemplazado por un espacio-producto. Del espacio producido, del espacio de la producción (de cosas en el espacio), el pensamiento reflexivo pasa, pues, a la producción del espacio como tal, debido al crecimiento continuo (relativamente) de las fuerzas productivas pero en los marcos discontinuos (relativamente también) de las relaciones y de los modos de producción (Lefebvre, 2013:146).

A su vez, esta diferencia social y espacial producida es susceptible de apropiación ideológica y múltiples interpretaciones que podrían derivar en eclecticismos (posmodernos) que, en general, asumen el espacio como no problemático, presentándolo escindido de las relaciones sociales contradictorias que en él se expresan. De esta manera, la *diferencia* ha fungido como un principio burgués que legitima las particularidades entre los individuos bajo el argumento de fomentar la tolerancia frente a la diferencia; ello supone considerables implicaciones en la vida social a partir de la idea de ser tolerantes con quienes son diferentes y desiguales a uno mismo. Traducido a la dimensión espacial, este discurso ideológico nos sugiere tolerar la desigualdad social expresada materialmente en la diferencia espacial misma.

Se puede comprender, entonces, que las contradicciones espaciales pasen desapercibidas a consecuencia de la fetichización del espacio. Una de estas contradicciones se expresa entre las escalas nacional e internacional, puesto que la realización del capital se plantea en esta escala más amplia, a pesar de que sólo puede realizarse de manera concreta a partir de una base material desde el poder político que el Estado detenta dentro de un territorio, es decir, a escala nacional. En este sentido, no es casualidad que los dialécticos hayan deliberado que:

Según el hegelianismo, el Tiempo histórico engendra el Espacio en que se extiende y sobre el que reina el Estado. La historia no realiza el arquetipo del ser razonable en el individuo, sino en un conjunto coherente de instituciones, grupos y sistemas parciales (el derecho, la moral, la familia, la ciudad, el oficio, etc.) que ocupa un territorio nacional dominado por un Estado. El Tiempo, pues, se solidifica y se fija en la racionalidad immanente al espacio (Lefebvre, 2013:81).

El Estado se extiende en un espacio acotado, que nos remite a la escala para precisar sus dimensiones, y que históricamente se consolida como la base territorial de las formaciones sociales. Prosigue Lefebvre planteando que: “Tras esta fetichización del espacio al servicio del Estado, la filosofía y la actividad práctica sólo podían intentar la restauración del tiempo. De ahí la vigorosa restitución del tiempo histórico como tiempo de la revolución en Marx” (Lefebvre, 2013:81). En el tiempo marxista, la historicidad es impulsada por las fuerzas productivas, misma que recae sobre todas las formaciones sociales a partir de la organización del trabajo y la planificación del espacio. Entonces, el Estado moderno es impuesto como condición de posibilidad para la reproducción del capital y su histórico proceso de valorización. Fue hasta el siglo xx cuando se consolidó el Estado a escala mundial, proceso que implicó reestructuraciones de todo orden –económicas, políticas, ideológicas, sociales, geográficas–, que posibilitaron la instauración del capitalismo en tanto modo de producción hegemónico.

Tales reestructuraciones generan hondas contradicciones frente a las cuales el capital no se plantea su resolución sino que las evade mediante la expansión de su lógica a todas las escalas posibles, a otros territorios, regiones, continentes, lo cual deriva en un caos espacial, desde la local hasta la mundial. David Harvey argumenta que este caos no es más que la expresión material de las contradicciones del capitalismo en pleno, expresadas concretamente en el desarrollo geográfico desigual. Alain Lipietz pone en evidencia esta contradicción mediante la expresión *crítica de la economía ‘espacial’ burguesa*:

el desarrollo desigual de las regiones, del mismo modo que el imposible dominio del espacio por los mecanismos del mercado únicamente y, por lo tanto, la indispensable intervención del Estado, constituyen un desafío a la propia ideología burguesa, a sus doctrinas liberales y a sus teorías apologéticas basadas en la “racionalidad” automática de las leyes de la economía capitalista (Lipietz, 1977:10).

Ello da cuenta de la necesidad de considerar lo espacial dentro del análisis marxista, en tanto expresión material de las contradicciones que el capital genera en todas las escalas. Hay que comprender las formas diferenciadas en que el bloque dominante se apropia del espacio, a partir del modo de producción capitalista: “La cuestión de la dimensión propiamente espacial de las relaciones de explotación y dominación capitalista debía resurgir tres cuartos de siglo después: con el imperialismo y las

luchas de liberación que suscita. A partir de ahí ya no hay solamente explotadores y explotados: hay países dominantes y dominados” (Lipietz, 1977:11-12).

Una vez que se asumen las diferentes dimensiones espaciales del análisis social que se expresan en la noción de escala, nos encontramos frente al problema de comprender las contradicciones que se producen en ellas, es decir, cómo articular las diferentes escalas a partir de comprender que estamos frente a una imprecisión metodológica para abordar el análisis social. Por ello, nos sumamos a la tarea de dilucidar un *corpus* teórico que nos lleve a alcanzar un análisis social integral: “Al menos es necesario desarrollar un lenguaje a través del cual podamos articular una política sobre la diferencia espacial” (Smith, 2002:130).

Precisar la escala es delimitar el nivel de análisis que referimos y comprender que hablar de “espacio social” es hablar de la articulación de las escalas espaciales como totalidad social y que éstas no son otra cosa que la expresión material de las contradicciones de las relaciones sociales capitalistas, su limitación objetiva frente a la cual tanto el mismo capital como el Estado se proponen una estrategia geopolítica para superarla. Se trata, pues, de sumar esfuerzos para incorporar la discusión de la dimensión espacial a la tradición de pensamiento crítico dentro de la ciencia social. Desde un marco teórico en común –el marxismo– podremos articular las contribuciones geográficas al estudio de la realidad social: “La estructuración del espacio es la dimensión espacial de las relaciones sociales, y como éstas son luchas de clases, la estructuración del espacio es lucha de clases, no sólo en el sentido de que es producto de ella, sino también en cuanto es un elemento en juego e incluso un medio” (Lipietz, 1977:120).

Discutiendo el desarrollo geográfico desigual

Hasta este momento, hemos esbozado cuestiones teóricas fundamentales que nos lleven a desarrollar un análisis social integral a partir de incorporar la dimensión espacial. David Harvey (2009 y 2014) se ha aventurado a practicar esta propuesta desde reflexiones “espaciales” puntuales en torno a la realidad concreta. Su análisis social ha contribuido considerablemente al establecimiento de un puente entre la disciplina geográfica y la ciencia social en su conjunto, sobre todo respecto al análisis espacial. Su propuesta analítica se enmarca en el desarrollo de una corriente marxista dentro de la geografía crítica, cuyas escuelas más ávidas han sido la francesa y la brasileña. Harvey se ha integrado al debate sobre el imperialismo en tanto dinámica de expansión en el espacio global, argumentando que la acumulación del capital es un asunto profundamente geográfico en tanto que éste busca una solución espacial para mitigar sus contradicciones internas, sirviéndose de “recursos permanentes” para la reinversión del capital, como la expansión a todas las escalas, la reorganización

espacial y el desarrollo geográfico desigual, aún más en el contexto actual cuando el capital demanda el espacio global para su valorización y expansión.

Toda expansión geográfica conlleva una reorganización espacial que tiende a descentralizar las actividades económicas en los espacios geográficos mediante la división territorial del trabajo, que se traduce en la especialización productiva, el ensamblaje y otras nuevas pautas geográficas de producción. Esto implica una diferenciación espacial entre los territorios: mientras en unos se desarrollarán las tecnologías de punta, en otros se maquilarán y ensamblarán las mercancías; mientras en algunos territorios se acumulará riqueza de manera creciente, en otros se acumulará pobreza y miseria de manera ampliada. Así es como el autor plantea el desarrollo geográfico desigual: “El capital crea un paisaje geográfico que satisface sus necesidades en un lugar y momento determinados” (Harvey, 2014:157). Para lograrlo, el capital buscará poder y riqueza sobre una base territorial, lo cual alude necesariamente al Estado como entidad fundamental para producir dicho paisaje.

Argumenta que los intereses capitalistas se encuentran dentro del Estado, junto con otros intereses más, es decir, que los intereses del capital no siempre coinciden con aquellos del Estado, puesto que éste buscará, igualmente, favorecer su espacio territorial. Así, nos explicamos la existencia de los flujos de capitales especulativos dentro de los territorios, que constantemente estimulan o socavan la presencia de capitales en un espacio determinado, estableciendo alianzas entre los poderes estatales y el capital financiero –proceso al que Harvey enuncia como *relación capital-espacio*. Esta contradicción del capitalismo se expresa geográficamente, orillándolo a plantearse la expansión hacia otros espacios cuando alcanza el estado de crisis; por ejemplo, dada una crisis de sobreacumulación, el capital requiere de excedentes para producir un nuevo paisaje geográfico.

Aunado a ello, la dinámica imperialista actual intensifica la competencia internacional por el uso monopólico de todo tipo de recursos y del espacio mismo, generando tensiones y conflictos geopolíticos que, incluso, han derivado en guerras. Al respecto, Harvey sostiene que las crisis son parte fundamental del desarrollo capitalista, pues le permiten reorganizar el espacio para garantizar la reproducción del sistema. El capital nunca resuelve sus fracasos sistémicos, sino que los desplaza geográficamente, cuando se vuelve un paisaje inconveniente busca nuevos espacios que le sean favorables. Es bajo la relación capital-espacio que Harvey explica la expansión geográfica de la fase imperialista del capitalismo; este aspecto del capital no es más que *la aniquilación del espacio mediante el tiempo* que señalamos anteriormente. También señala el autor que el desarrollo de la tecnología le ha permitido al capital dinamizarse y renovarse, sin embargo, cada vez desplaza más mano de obra, dejándola fuera del mercado en donde se ofertan estas mismas tecnologías. Aquí radica la contradicción, pues los salarios que permitirían los niveles de consumo deseables

para la reproducción del capital, resultan ser geográficamente desiguales y, pese a los sistemas de crédito que pretenden insertar a la población en la dinámica financiera, estructuralmente no se ha logrado mitigar la no realización del capital en la fase de la circulación, mediante la distribución de las mercancías. Sin duda, la dinámica del capitalismo es tan contradictoria como geográfica.

Estos son algunos argumentos que Harvey considera al proponer como objeto de estudio el análisis espacial del capitalismo y el imperialismo como su reciente dinámica de expansión. Con estos postulados, el autor evidencia que se necesitan nuevas formas de organización que asuman al capital como un blanco no estático y se planteen la superación de sus eventuales desplazamientos. La noción de desarrollo geográfico desigual nos recuerda que, dentro del desarrollo histórico del capitalismo como sistema económico a escala mundial, es necesario reconocer que éste ha generado formaciones sociales diferenciadas que se expresan concretamente en el espacio. Explicar el modo en que América Latina se ha insertado a la división internacional del trabajo es partir del proceso general que es la lógica del capital a escala mundial, para llegar a la situación particular en que esta lógica opera a escala regional.

Dicho proceso histórico ha producido la transferencia de valores y el intercambio desigual en las economías dependientes respecto a las centrales, pues éstas producen los medios de producción y la tecnología de manera monopólica, mientras que las dependientes aportan la fuerza de trabajo, alimentos y materias primas para concretar el ciclo productivo. Todas las contradicciones resultantes de tal proceso produjeron el espacio de manera asimétrica generando el desarrollo geográfico desigual en el sistema mundial. Para mitigar tal problemática, sintetizada en la pugna por el espacio, tanto el Estado como el capital han recurrido al conocimiento científico y su aplicación tecnológica en búsqueda de nuevas posibilidades de expansión y dominación, a partir del diseño de estrategias geopolíticas que los lleven a alcanzar sus proposiciones.

El subimperialismo desde el análisis espacial

En síntesis, la expansión geográfica de las sociedades es *resultado de las contradicciones sociales de un modo de producción histórico concreto: el capitalismo*. Al obedecer a los intereses del capital, no atiende las necesidades de las sociedades sino a la producción social a partir de una lógica del capital que antepone sus intereses particulares sobre la naturaleza humana misma. Esta expansión –de corte imperialista– ha sido analizada, desde el marxismo, por intelectuales como Rosa Luxemburgo y Vladimir Lenin a finales del siglo XIX e inicios del XX, y más recientemente por los geógrafos Neil Smith y David Harvey. Para explicar la forma específica que el imperialismo ha tomado en América Latina, Ruy Mauro Marini, Adrián Sotelo, Mathias

Luce y Jaime Osorio, principalmente, han desarrollado el concepto de *subimperialismo*, desde un nivel de análisis más concreto, con la finalidad de plantearlo como un problema particular dentro de la totalidad que resulta ser el capitalismo mundial. Sólo desde una posición marxista se ha acertado en la formulación de respuestas teóricas para comprender procesos sociales, como la expansión espacial de una economía dependiente, Brasil, a escala regional.

La lógica reproductiva del capital se caracteriza, en esencia, por establecer la *relación capital-trabajo* basada en la generación de plusvalía a partir de la explotación del trabajo. Para mantenerse, este modo de producción ha puesto en marcha una serie de condiciones que garanticen su predominancia, las cuales Marx sintetizó en el llamado *patrón de reproducción de capital*, buscando contribuir a la comprensión de las diferentes formas que el capital adopta para reproducirse en momentos históricos y espacios geográficos específicos. Respecto a la fuerza de trabajo, el patrón de reproducción de capital contempla estos elementos: a) los sectores e industrias que demanden dicha fuerza de trabajo en determinados momentos históricos; b) las características diferenciadas de la fuerza de trabajo, y c) las condiciones en que esa demanda se establece, así como la localización territorial (Osorio, 2012).

Históricamente, el capital se ha desarrollado –y ha producido el espacio– de manera diferenciada en América Latina frente a Europa o Estados Unidos, incluso respecto a regiones como Asia y África. Entre las aportaciones de Marx al entendimiento social en general, se encuentra el desarrollo del ciclo del capital como fundamento para su acumulación, que consta de tres fases: circulación-producción-circulación. “Comprender la especificidad del ciclo del capital en la economía dependiente latinoamericana significa por tanto iluminar el fundamento mismo de su dependencia en relación a la economía capitalista mundial” (Marini, 1991:11). Para Marini, la *superexplotación* del trabajo es, justamente, el fundamento de la dependencia de las economías de América Latina.

Partiendo de que la explotación de la fuerza de trabajo que el capital ejerce implica la existencia de un trabajo excedente –plusvalor o trabajo del cual el capital se apropia–, más allá del tiempo necesario para su producción, Marini retomó la categoría marxista de superexplotación para explicar la distinción fundamental del capitalismo dependiente con relación al capitalismo central, definiéndola como la apropiación de una parte del valor del trabajo durante el proceso productivo por parte del capital para su acumulación, aumentando el monto de la plusvalía y transgrediendo así el valor de la fuerza de trabajo. Superexplotación es que la fuerza de trabajo, en tanto mercancía, se remunere por debajo de su valor real. Debido a las críticas y malinterpretaciones sobre la superexplotación del trabajo para explicar la especificidad de América Latina, vale la pena hacer algunas precisiones teóricas al respecto.

Marx explica en *El Capital* el carácter dual del trabajo representado en la mercancía. Por un lado, el trabajo abstracto creador de valor; por el otro, el trabajo concreto que crea valor de uso. El trabajo es la capacidad transformadora del hombre mediante la cual se apropia de la naturaleza para transformarla a partir de producir herramientas que usa; en este sentido, el valor de uso es producto de un proceso de trabajo que después se transformará en medios de producción. A continuación, señala la subordinación del trabajo al capital y diferencia el trabajo de la fuerza de trabajo. Nos explica que esta última es un valor de uso en sí mismo y por lo tanto adquiere la cualificación de mercancía intercambiable en el mercado. Es la única mercancía capaz de producir otros valores de uso, condición que se traduce en una expropiación inherente a su relación con el capital: la fuerza de trabajo es pagada como mercancía (suponiendo que la ley del valor no es transgredida por el capital), sin que se le pague el valor de uso que está produciendo.

En la lógica del capital, la fuerza de trabajo tiende a remunerarse por debajo de su valor, con el fin de apropiarse del fondo de consumo del obrero y convertirlo en fondo de acumulación del capital. Marx planteó esta tendencia como una constante general del capital, sin embargo, a partir de los planteamientos de Marini se infiere que en las economías dependientes tal tendencia constante se torna una determinación fundamental que lo hace particular frente a las economías centrales, en las que el capital no se ha desarrollado históricamente de esta manera. Ello significa que, dentro del sistema mundial, las economías dependientes no participan del consumo de los productos en la fase de circulación donde se realiza el capital, pero sí participan en la fase productiva en la cual el capital se apropia del excedente de trabajo, generando plusvalía a través de explotar al máximo la fuerza de trabajo sin considerar las condiciones materiales para su reposición, siempre y cuando ésta pueda ser sustituida por otro trabajador.

Así es como la superexplotación se materializa, de manera directa, en la remuneración de la fuerza de trabajo por debajo de su valor y, de manera menos visible, en la prolongación de la jornada laboral y la intensificación del trabajo. En concreto, la separación entre la fase productiva y la fase de circulación –ruptura del ciclo del capital– en América Latina pone en evidencia que las contradicciones del capitalismo se agudizan en las economías dependientes y que éstas forman parte de un sistema mundial que determina sus relaciones. Mientras que en las economías centrales la acumulación de capital se basa en la productividad del trabajo, es decir, que el trabajador es al mismo tiempo productor y consumidor de mercancías, en las economías dependientes la acumulación de capital se basa en la superexplotación del trabajador, puesto que éste no participa como consumidor de sus productos ya que éstos son exportados hacia las economías centrales.

Incluso cuando la precariedad laboral, la flexibilización del trabajo, el desempleo y la

pobreza se generalizan en las economías centrales, la superexplotación, como esencia del capitalismo dependiente en América Latina, se agudizará al grado que el capital lo demande para continuar realizando la transferencia de plusvalor en la fase de producción y el intercambio desigual en el comercio internacional. Con esta tesis desarrollada por la teoría marxista de la dependencia podemos explicar el “deterioro de las condiciones laborales y de vida de los asalariados y del grueso de la población, y la estrecha relación de ese deterioro con la capacidad exportadora (de la región)” (Osorio, 2012:1). Ahora bien, la especificidad de América Latina sólo puede comprenderse si se analiza como parte del proceso de valorización del capital a escala mundial, en conjunción con la lucha de clases dentro de cada sociedad. Lo mismo ocurre con el excepcional caso de Brasil.

Posterior a la Segunda Guerra Mundial, el sistema económico se reconfiguró vía la división internacional del trabajo, en la cual la industria tuvo un papel decisivo al delimitar la jerarquización de países y regiones según el ritmo de su aceleración y la escala de su expansión. Además de la conformación de las “potencias” mundiales, emergieron centros medianos de acumulación que Marini explicó bajo el concepto de *subimperialismo*. Contrario a lo que se piensa, este concepto lo desarrolló durante décadas y no sólo se “tocó el tema” en *Dialéctica de la dependencia*, como suele afirmarse. El subimperialismo tampoco es una idea que se refiere sólo al periodo dictatorial para diferenciar a Brasil del resto de los países de América Latina. En su texto *El subimperialismo brasileño* (1971), Marini explica la dictadura militar como resultado de la lucha de clases interna, frente a la que se impuso un desarrollo capitalista de Estado, de corte subimperialista, que garantizara la acumulación de capital vía la superexplotación del trabajo, y al mismo tiempo mantener el monopolio del capital financiero, tanto local como internacional.

Marini culmina su explicación respecto al papel del Estado brasileño –en especial de los militares– dentro del capitalismo dependiente en América Latina, en su artículo “La acumulación capitalista mundial y el subimperialismo” (1977), referenciando este proceso a lo largo de su obra. En el marco de la crisis capitalista de los años sesenta, se buscaron nuevos mercados para la producción de bienes de consumo y bienes de capital que garantizaran la inversión del capital monopólico industrial y el capital financiero. Frente a tal contexto, en Brasil tuvo lugar un golpe de Estado (1964) mediante el cual se instauró una estrategia dirigida por una élite militar para la defensa de sus intereses de clase a partir del poder político del Estado, en alianza con el gran capital. “Ese esquema fue el subimperialismo, la forma que asume el capitalismo dependiente al llegar a la etapa de los monopolios y del capital financiero” (Marini, 1971:1).

Explica Marini que en la década de 1970 el capital extranjero reconquistó el mercado interno que América Latina había creado durante el anterior patrón de sustitución de

importaciones, pero no en el comercio sino en la producción. La integración regional a la economía capitalista mundial implicó, necesariamente, la vinculación del capital extranjero al sector productivo de cada país, lo cual significó la privatización del proceso productivo: “Más que de la internacionalización del mercado interno, se trata de la internacionalización del sistema productivo nacional, es decir, de su integración a la economía capitalista mundial” (Marini, 1977:10). La internacionalización del capital hace que éste se fraccione en distintos países, vía las mercancías, independientemente de su país de origen y destino, aunque el capital se esté valorizando a escala mundial. Así, la falta de un mercado interno sustantivo en América Latina provocó que las economías más industrializadas de la región buscaran expandirse hacia el exterior desde los sesenta y setenta, para realizar la fase de circulación del capital en el mercado mundial. “Si la demanda suntuaria es sostenida fundamentalmente por la clase capitalista y por la pequeña burguesía media y alta, es a ellas que tal demanda debe atribuirse, y no a aquel contingente de obreros –mayor o menor, según la fase del ciclo– que pueda tener acceso a la misma” (Marini, 1977:15).

De acuerdo con Marini, para hablar de subimperialismo deben contemplarse dos primeras determinaciones: “una composición orgánica media en la escala mundial de los aparatos productivos nacionales y, por otro lado, el ejercicio de una política relativamente autónoma, que no sólo se acompaña de una mayor integración al sistema productivo imperialista sino que se mantiene en el marco de la hegemonía ejercida por el imperialismo a escala internacional” (Marini, 1977:17).

En cuanto a la primera determinación, Marini nos sugiere que, a falta de datos precisos, puede inferirse la composición orgánica del capital de un país por la participación de productos manufactureros en el Producto Interno Bruto (PIB), apuntando que, en las economías de América Latina, los casos de Argentina, Brasil y México presentan índices de participación del 25 por ciento o más. Sobre la segunda –la política expansionista relativamente autónoma–, explica que durante la dictadura militar el Estado brasileño mantuvo intercambios comerciales de armamento bélico, por ejemplo, con gobiernos “marxistas-leninistas” africanos, lo cual se contraponía con la política exterior de Estados Unidos que financiaba movimientos contrarrevolucionarios en esta región. Sin embargo, este margen de autonomía era relativo porque, respecto a América Latina, el papel del Estado brasileño era pieza fundamental para la realización de la estrategia geopolítica hegemónica –tal y como lo reflejaba la Operación Cóndor–, fungiendo como intermediario del imperialismo estadounidense en la región.

A partir de este momento, la élite tecnocrática-militar brasileña ejercería una política expansionista a escala regional, buscando obtener mayores ventajas respecto a sus países vecinos; así como espacios propios de explotación y dominio, entrando en la

dinámica de *cooperación antagónica* con Estados Unidos como estrategia geopolítica durante el periodo de posguerra, anteponiendo a las contradicciones interimperialistas la cooperación política, militar y económica frente a la amenaza en común de la insurgencia revolucionaria. Para entonces, los Estados tendían a reforzarse con el fin de garantizar las negociaciones comerciales y el financiamiento, a través de crear las condiciones legales y políticas que continuaran atrayendo inversión extranjera.

Esta tendencia obedecía a que las burguesías de los países dependientes tenían que sumarse a los monopolios para llevar adelante sus intereses de clase: “Sus desventajas ante la burguesía imperialista son demasiado grandes para que ella quiera ir directamente a la negociación con ésta, y es por lo que opta por el reforzamiento del Estado nacional como instrumento de intermediación” (Marini, 1977:21). En Brasil, el equipo tecnocrático-militar centró su programa político en atender primordialmente los intereses del gran capital mediante dos acciones: la exportación de manufacturas, que implicó la elevación del nivel tecnológico industrial, y el aumento de la capacidad de compra del Estado brasileño a partir del desarrollo de infraestructura en transporte, energía y equipamiento de las Fuerzas Armadas. Ambas acciones ampliaron las posibilidades de absorción de bienes de capital y su expansión comercial, obedeciendo a la alianza con el capital extranjero. Durante el patrón industrial de reproducción de capital, el Estado adquirió el papel de generador de las condiciones materiales necesarias para la realización del capital, tales como caminos y transportes, comunicaciones, sistemas de energía, entre otros, en beneficio de capitales extranjeros y privados.

La particularidad del caso brasileño consistió en que, a partir de la dictadura, el régimen militar hizo modificaciones a las leyes y a su estructura institucional con el objetivo de atraer flujos de dinero vía capitales extranjeros, facultando a bancos comerciales a financiar a las empresas del país, creando entonces un mercado de capitales significativo. Así, Brasil se convirtió en el principal receptor de los programas de inversión pública y privada en América Latina desde finales de los años sesenta, destinándose más de 80 por ciento del capital nacional privado a la manufactura en las ramas de material eléctrico, comunicaciones y transportes, mecánica, química, metalúrgica y farmacéutica. No obstante, el desarrollo de la industria aeronáutica y la tecnología nuclear quedaron reservados a los capitales de las economías centrales, mientras que el Estado dictatorial establecía un esquema de realización del capital, basado en el mercado externo y en la centralización del capital social en pocas manos, destinando gasto público a obras de infraestructura y sectores de punta en la industria bélica, lo que llevaría al capitalismo brasileño a un mayor nivel de competencia internacional.

Desde entonces, la economía brasileña inició campos de inversión en África y otros países de América Latina por medio de créditos intergubernamentales y operaciones

desde empresas públicas y privadas, entrando así a la dinámica de exportación de capitales a escala regional e internacional, actividad característica del subimperialismo. Más recientemente, un asunto concreto de esta expansión del capital brasileño en la región es el proyecto de Integración de Infraestructura Regional Sudamericana (IIRSA), impulsado con financiamiento del Banco Nacional de Desarrollo Económico y Social de Brasil (BNDES) junto con el Banco Interamericano de Desarrollo (BID). Esta internacionalización-internalización del capital se expresó en la conformación de importantes grupos brasileños que han absorbido a otros nacionales y regionales, transitando a la fase monopólica como práctica expansionista que llevan a cabo las economías más fuertes.

A pesar de su participación en el llamado *boom* financiero y de su proceso de expansión en el sistema capitalista mundial, la economía brasileña continuó presentando dificultades para expandirse en su mercado interno; esto debido a que la política expansiva que el Estado brasileño ejerce, tiene como punto de partida su vocación imperialista, aunque estructuralmente sea una economía dependiente. La distribución del ingreso no ha sido sustantiva puesto que no se ha erradicado –ni se plantea hacerlo– la superexplotación del trabajo, siendo ésta una condición necesaria para que la economía brasileña se desarrolle como exportadora y alcance la fase superior del capitalismo dependiente. Por el contrario, la superexplotación se generalizó y agudizó trayendo como consecuencia la movilización de la clase trabajadora frente a la cual los detentores del poder político dan un “nuevo golpe” de endurecimiento del régimen militar a través del Acta institucional No. 5 de 1968, suspendiendo la Constitución, el Congreso y restringiendo las funciones del poder judicial, para garantizar la contención social y evitar que dicha coyuntura fuera aprovechada por algunos sectores de la clase burguesa para obtener concesiones del gobierno.

Esta política se tradujo en la *intensificación de la tasa de explotación de los trabajadores* (Marini, 1971:5), que transfería el fondo de ingreso –poder de compra– a las fracciones medias y altas de la sociedad, abriendo mercado para la industria altamente tecnificada que se erigía en el país. La dictadura alcanzaba la conciliación al interior de la burguesía y dinamizaba el mercado interno mitigando los intereses de la pequeña y mediana burguesía, lo cual no hubiera sido posible sin el papel coercitivo del Estado, que al instaurar su proyecto subimperialista, destinó, para 1970, cerca de 20 por ciento del presupuesto federal total al sector militar e impulsó la producción de armamento en Brasil, sobre todo en las industrias naval y aeronáutica (Marini, 1971:8). El golpe de Estado significó una redefinición del patrón de acumulación capitalista en el cual las Fuerzas Armadas defendieron los intereses de la clase burguesa monopólica, lo que se concretó en la restitución de las bases del subimperialismo a partir de la cooperación antagónica con Estados Unidos, materializada en la alianza de la burguesía monopólica nacional con la burguesía transnacional y de origen estadounidense.

A partir del proceso de mundialización se dio paso a la “redemocratización” en América Latina, en la cual las Fuerzas Armadas, como institución, no podrían quedar fuera; ya eran las garantes legítimas de la seguridad nacional, sin embargo cargaban con el peso de su política económica “impopular” y el uso y abuso de la violencia, por lo que era necesario cambiar el énfasis respecto a los militares. Así fue como estos se institucionalizaron como cabeza del poder político y ya no como parte del *corpus*, bajo el *Estado del cuarto poder*, que se concretó con la formación del Consejo de Seguridad Nacional integrado por el Estado mayor y aparatos de inteligencia, institución a la cual se le delegó el afianzamiento político, la supervisión y el control de los poderes del Estado, pasando así al restablecimiento de la *democracia liberal burguesa*, como la denominó Marini.

Dicho proyecto significó un cambio en el patrón de reproducción del capital que abandonaba el proceso de industrialización para asumir nuevamente el papel de economías exportadoras. Las Fuerzas Armadas, en alianza con la gran burguesía industrial y financiera, alcanzaron en Brasil un proyecto nacionalista de corte “neodesarrollista” durante la década de 1990, cuyas políticas de Estado estarían orientadas a generar mercados regionales, apoyar políticamente los intereses del gran capital y financiar mecanismos de expansión de capitales vía la “integración” de los países latinoamericanos, sea en sus políticas económicas o en su base territorial.

Lo anterior ha significado un mayor soporte económico en Brasil que en el resto de América Latina, posibilitando que presente una autonomía considerable respecto de Estados Unidos desde la cual ha priorizado el interés nacional de desarrollo económico a partir de acciones como asumir el liderazgo regional en el Mercosur e intensificar sus relaciones comerciales con otros países del sur, así como adquiriendo protagonismo a escala internacional e integrándose al bloque BRICS (Brasil, Rusia, India, China y Sudáfrica) de economías emergentes. No obstante, es una economía que no escapa a la reconversión neoliberal de desnacionalización traducida en el patrón exportador de especialización productiva compartido con las demás economías dependientes latinoamericanas.

Conclusiones

Toda esta explicación sobre la caracterización de la economía dependiente brasileña debe ser pensada en su dimensión espacial a partir de la pregunta: ¿cómo se materializa en el espacio el subimperialismo brasileño a escala regional? Si se continúa fetichizando la dimensión espacial dentro del análisis social y si se pasa por alto la precisión metodológica de la escala espacial en los estudios sociales, seguiremos contribuyendo a la fragmentación del conocimiento científico. Una vez superadas dichas limitaciones habría que reflexionar sobre la geopolítica en América Latina, practicada por el

capital en las diferentes escalas espaciales y desde el Estado brasileño bajo su política subimperialista, reproductora del desarrollo geográfico desigual al interior de la región.

Contrario a las diversas tesis que colocan a Brasil como una potencia o una semiperiferia que ha crecido hacia el exterior y ha “creado” el ascenso de las clases sociales “medias”, el desempleo real y la caída del salario mínimo son elementos comprobables a partir del aumento de la rotatividad de la mano de obra incentivada desde el Estado, actuando directamente sobre el nivel salarial de los trabajadores mediante la fijación del salario real por debajo del valor de la fuerza de trabajo. Esta tendencia histórica evidencia la característica esencial de Brasil como economía dependiente: superexplotación del trabajo que se manifiesta también en la prolongación de la jornada laboral y la intensificación del trabajo. La paulatina ampliación del ejército industrial de reserva y la generación de las condiciones óptimas para la reproducción del capital son determinaciones que derivan en que el dinamismo del mercado interno no dependa de la mayoría de la población, cuyos ingresos son bajos, sino de las reducidas capas de la población que realizan el gasto suntuario, igual que acontece en el resto de los países dependientes de la región.

Podremos encontrar diversas variables en torno a la excepcionalidad de la economía brasileña en el contexto de América Latina, sin embargo habrá que buscar si existen realmente determinaciones con las cuales se pueda explicar esta economía fuera de su condición estructural de dependencia, con la especificidad de haber alcanzado una fase superior frente al resto de la región, explicada por Marini a partir del concepto de subimperialismo. Mientras no analicemos el proceso específico que actualmente tiene lugar en Brasil desde un nivel de abstracción que nos permita dilucidar la esencia de sus contradicciones, estaremos errados al lanzar tesis apresuradas que obedecen más a ocurrencias desde el sentido común que a argumentaciones profundas desde el quehacer científico.

Bibliohemerografía

- HARVEY, David (2009), “La geopolítica del capitalismo”, en David HARVEY, *Espacios del capital. Hacia una geografía crítica*, Madrid, Editorial Akal.
- HARVEY, David (2014), *Diecisiete contradicciones y el fin del capitalismo*, Quito, Instituto de Altos Estudios Nacionales del Ecuador.
- LEFEBVRE, Henri (2013), *La producción del espacio*, Madrid, Capitán Swing Libros.
- LIPIETZ, Alain (1977), *El capital y su espacio*, México, Siglo XXI.
- MARINI, Ruy Mauro (1971), *El subimperialismo brasileño*, Santiago de Chile, Centro de Estudios Socio-económicos (CESO), Universidad de Chile, documento de trabajo. Dirección URL: <www.marini-escritos.unam.mx/pdf/041_subimperialismo_brasil.pdf>.

- MARINI, Ruy Mauro (1977), "La acumulación capitalista mundial y el subimperialismo", en *Cuadernos políticos*, México, Ediciones Era, núm. 12, abril-junio. Dirección URL: <www.marini-escritos.unam.mx/052_acumulacion_subimperialismo.html>.
- MARINI, Ruy Mauro (1991), *Dialéctica de la dependencia*, México, Ediciones Era.
- MARX, Karl (2005), *El Capital. Crítica de la economía política*, México, Siglo XXI, tomo I.
- OSORIO, Jaime (2012), "El nuevo patrón exportador de especialización productiva. Estudio a partir de cinco economías de la región", en *Revista da Sociedade Brasileira de Economia Política*, São Paulo, núm. 31, febrero. Dirección URL: <www.sep.org.br/revista/download?id=220>.
- PEET, Richard (2012), "Desigualdad y pobreza: una teoría geográfico-marxista", en *Geografía contra el neoliberalismo*, Barcelona, Icaria.
- ROBERT MORAES, Antônio Carlos y Wenderley Messias DA COSTA (2009) [1984], *Geografía crítica. La valorización del espacio*, México, Ítaca.
- SMITH, Neil (2002), "Geografía, diferencia y las políticas de escala", en *Terra Livre*, São Paulo, año 8, núm. 19, julio-diciembre.
- TEIXEIRA COUTINHO, Bernard y Guilherme PEREIRA DO CARMO (2013), "A atuação do Brasil na América Latina: uma breve reflexão sobre o subimperialismo brasileiro", en *GEOSP-espaco e tempo*, São Paulo, núm. 33. Dirección URL: <www.revistas.usp.br/geospccvc/article/view/74301>.

Recibido: 29 de marzo de 2016
Aprobado: 18 de octubre de 2016